

# LA CIUDAD CUBANA EN 1990: PERSPECTIVAS

**Nelson González Mínguez**

Durante el año 1990 se cumplieron treinta años del ejercicio de la Planificación Física en Cuba como una actividad de competencia gubernamental. Tiempo durante el cual la planificación regional y el urbanismo han interpretado las principales políticas públicas sobre el desarrollo físico y económico cubano. Este artículo reseña los puntos de vista del Instituto de Planificación Física sobre el sistema de asentamientos, las estrategias urbanísticas, la cultura urbana y el diseño ambiental y la arquitectura, sus análisis y perspectivas.

## **Cuban cities in the 90s: Perspectives**

The paper points out that 1990 will mark the thirtieth year of planning as a governmental responsibility in Cuba. During this period, City and Regional planning are seen to have given body to the major policies as to the physical and economic development of the nation. The paper draws our attention to the points of view of the Physical Planning Institute as to settlement systems, city planning strategies, city culture, living space design and architecture, the analysing of these headings and the future foreseen for them.

## **INTRODUCCION**

Planificación Física, urbanismo y realizaciones constructivas conforman un todo muy difícil de desligar del proceso que, en nuestro caso, ha permitido resolver muchas de las dificultades que en el orden económico-social y en su expresión territorial son todavía realidades de esta, que Martí llamó «LA AMERICA NUESTRA».

El 19 de mayo de 1990 se han cumplido treinta años de la formación, en el entonces Ministerio de Obras Públicas del Gobierno Revolucionario, de un Departamento al cual se le encargó iniciar la actividad de la Planificación Física. Un pequeño grupo de jóvenes, arquitectos de profes-

sión, urbanistas de intención y revolucionarios en sus concepciones, comenzó su labor por todo el territorio nacional con el objetivo de acompañar el proceso de transformación económico-social que había iniciado la revolución, precisamente en las zonas más olvidadas, caracterizadas por la pobreza e injusticia social.

Durante treinta años hemos actuado en forma consciente convirtiendo la planificación regional y el urbanismo en vehículos de la obra revolucionaria.

Presentamos hoy a ustedes los puntos de vista de la Dirección del Instituto de Planificación Física sobre los elementos, a nuestro entender esenciales, del desarrollo del urbanismo cubano.

**Nelson González Mínguez** es arquitecto.

Artículo redactado por los arquitectos Enrique Lanza Macías, Nelson González Mínguez, Otto González Carriles y Concepción Álvarez

Gancedo, y leído en la ceremonia inaugural del IV Congreso Iberoamericano de Urbanismo realizado en Santiago de Cuba en abril de 1990.

El sistema de asentamientos, los instrumentos técnicos-metodológicos para la conformación de una estrategia y una táctica urbanística, la imagen y la cultura urbana, el diseño ambiental y la arquitectura.

## 1. EL SISTEMA DE ASENTAMIENTOS

Para nadie es un secreto que la transformación de las estructuras territoriales constituye un fenómeno considerable más lento que el que caracteriza el cambio en las estructuras económicas e incluso sociales, teniendo en cuenta la estabilidad y relativa inercia de las primeras.

Cuando como en el caso de Cuba esta transformación ha debido producirse en medio de restricciones materiales determinadas, en buena medida por un constante y despiadado bloqueo, sin desdeñar las limitaciones subjetivas que han lastrado de un modo u otro a los diferentes agentes transformadores, tanto en el terreno del planeamiento y proyección como en la gestión urbanística, puede entenderse cuán arduo y plagado de escollos ha sido el camino recorrido, durante el cual hemos debido enfrentar desde la distribución territorial del desarrollo económico y social hasta la planificación, diseño y construcción de ciudades y pueblos.

La revolución cubana heredó un sistema de asentamientos que había venido estructurándose a lo largo de casi medio milenio de dominación colonial y neocolonial caracterizado (lo que constituye un rasgo común con los países de nuestra América) por una capital macrocéfala, concentradora de más de un quinto de la población del país y de la mayor parte de la fuerza de trabajo cualificada, de los empleos industriales no azucareros, de las actividades portuarias y, evidentemente, de los servicios de carácter superior e incluso intermedio.

El resto de las ciudades y pueblos (incluyendo las cinco antiguas capitales provinciales) habían crecido carentes de una base económica adecuada y de la necesaria infraestructura técnica y social.

Dos elementos han contribuido de manera relevante a propiciar la transformación del sistema de asentamientos cubano:

Por una parte, la industrialización del país, que conlleva significativamente la premisa de desconcentrar la capital, y, por otra, el proceso de tecnificación de la agricultura, lo que unido a la natural búsqueda de mejores condiciones de vida, ha venido produciendo un fuerte proceso de concentración y urbanización de la población rural.

Como resultado de una justa política de desconcentración de empleos y servicios, la ciudad de La Habana ha logrado crecer con tasas menores que la nacional (hecho que constituye un acontecimiento insólito en el contexto latinoamericano). Cuba ha crecido desde el triunfo de la revolución hasta hoy con una tasa de 1,5 por 100

anual, mientras que la ciudad de La Habana lo ha hecho al 1,3 por 100.

La industrialización, unida a los esfuerzos por desconcentrar la capital del país, permitió el desarrollo de las ciudades mayores y de algunas otras con condiciones locacionales favorables.

A partir del proceso de institucionalización que se produjo a mediados de la década de los setenta, en que se crearon las 14 provincias y un municipio de atención central, las ciudades capitales de éstas se consideraron como Centros del Desarrollo Económico y Social de sus territorios, incluyéndosele atribuciones como sedes de Gobiernos con poder para la toma de decisiones de carácter regional.

Este es el resultado de una voluntad expresa de dotarlas de un desarrollo industrial considerable y de la construcción de prácticamente todos los programas de equipamiento del nivel más alto, fundamentalmente de la educación universitaria y media superior especializada y la salud.

Estas ciudades han experimentado un crecimiento territorial desproporcionado en comparación con su crecimiento poblacional, debido, sobre todo, a las grandes inversiones industriales (caracterizadas por un inadecuado aprovechamiento del territorio), a las nuevas zonas de desarrollo residencial y las grandes instalaciones de servicios que, como se verá posteriormente, no han sido capaces de integrarse a las ciudades existentes.

Una treintena de ciudades mayores de veinte mil habitantes, que forman parte del universo de las 154 cabeceras municipales (las denominadas ciudades intermedias), presentan situaciones más heterogéneas, teniendo en cuenta el papel concebido para ellas como pivote entre las cabeceras provinciales y el resto de la población, tanto urbana como rural. Aunque en la mayoría de ellas se ha desarrollado un conjunto de funciones de servicios de nivel intermedio-superior, no ha podido producirse en igual grado de desarrollo de la base económica, hecho en parte debido a que en los complejos procesos de localización industrial no siempre estas ciudades han podido ser beneficiadas de igual forma. El resto de las cabeceras municipales constituyen centros de servicios intermedios, ya que desde la instauración en 1976 de los poderes populares, una gran parte de las funciones de servicios de carácter periódico fue adaptada al heterogéneo abanico poblacional de los municipios, con módulos más pequeños. No ha sido posible ofrecer a estos asentamientos una base económica propia y consolidada, así que este grupo de más de un centenar de pueblos continúa dependiendo de empleos localizados fuera de sus límites, fundamentalmente de carácter agropecuario.

La franja inferior del sistema, en la cual se encuentran tanto asentamientos urbanos como rurales consolidados, se caracteriza por poseer un nivel básico de servicios y una base económica agropecuaria. La contradicción más fuerte con esta base económica aparece al crecer las ne-

cesidades de fuerza de trabajo de la agricultura, mientras que la población se mantiene o decrece en esta franja: este problema posee una importancia primordial en un país eminentemente agrícola como el nuestro, en el cual resulta necesario que la población se asiente y se mantenga en aquellos lugares donde pueda garantizarse la producción.

En este sentido se concibe un modelo que mediante los movimientos pendulares y la distribución territorial del empleo garantice la posibilidad de la población de acceder a niveles diversificados de opción de empleos y servicios.

## 2. ESTRATEGIA DE DESARROLLO EN LAS CIUDADES

El urbanismo en Cuba se ha desarrollado, entre logros y desaciertos, a lo largo del período revolucionario.

Si fuese necesario destacar los más importantes éxitos alcanzados durante estos años, no daríamos en enorgullecernos de haber trabajado en cerca de 600 ciudades y pueblos a lo largo y ancho de todo el país, todos los cuales cuentan al menos con sus estudios de planeamiento urbano, y el haber proyectado y construido conjuntos habitacionales para medio millón de viviendas construidas por el Estado, localizado más de 100 hospitales y un número considerable de instalaciones para la enseñanza media superior y universitaria, la recreación, el deporte, la ciencia y la cultura.

Los urbanistas cubanos pueden también mostrar con cierto orgullo los miles de proyectos de localización de equipamiento social básico, tales como los nuevos consultorios para el médico de la familia, supermercados, escuelas primarias, círculos infantiles y proyectos para la infraestructura técnica. Además, a través de la práctica se ha ido consolidando un grupo considerable de perfil cada vez más diversificado, de profesionales y técnicos que con su trabajo y esfuerzo han escrito la historia de nuestra actividad.

A pesar de ello no es menos cierto que en el camino recorrido no se ha logrado situar al urbanismo en condiciones de dirigir mucho más efectivamente el desarrollo urbano, que no es lo mismo que diseñarlo, ni de conseguir que esta actividad obtenga el debido reconocimiento social.

Aún estamos lejos de aprovechar en beneficio de la sociedad los gigantescos potenciales que nos ofrece la estructura y la esencia misma de nuestro sistema social.

Si examinamos los casi treinta años transcurridos, veremos que pueden distinguirse tres períodos prácticamente coincidentes con estas décadas.

Durante el primer período los estudios para el desarrollo de las ciudades y pueblos no pudo ser priorizado, ya que los principales esfuerzos del sistema de la planificación física debieron concentrarse en la solución de los más urgentes

problemas de la planificación regional en lo que se ha conocido como «proyectos territoriales», o sea, proyectos para el desarrollo y transformación de zonas agropecuarias.

El urbanismo de este período se escenificó principalmente en dos vertientes: los estudios para la localización industrial en un grupo de ciudades del interior del país, que por su complejidad y magnitud resultarían de estudios globales a nivel de ciudad, y en la creación de los primeros nuevos asentamientos rurales, generados por un acelerado proceso de redistribución de la propiedad de la tierra y que benefició a miles de campesinos hasta ese momento marginados.

Durante estos años gran parte del trabajo recayó sobre colaboradores extranjeros, latinoamericanos fundamentalmente, convocados por un espíritu solidario con la joven revolución cubana, a la que el enemigo se empeñaba en drenar de recursos y fuerza técnica. El enfoque de los trabajos mantenían lógicamente un fuerte componente de arquitectura y construcción, habida cuenta de la mayoritaria proporción de arquitectos entre las filas de los fundadores cubanos de la actividad y sus jóvenes colaboradores.

En la segunda década se concretó el concepto de que una ciudad no era sólo construcciones, produciendo una verdadera revolución en nuestra concepción del urbanismo, el descubrimiento de que la ciudad era un inmenso sistema de relaciones políticas, económicas, sociales y técnicas, susceptible de ser metodizada. Surgió así la primera Metodología para el planeamiento urbano como intento de una visión integradora de la ciudad que se pretendía interpretar a imagen y semejanza de un organismo vivo.

Este descubrimiento nos deslumbró (al igual que a otros en otros países) y nos lanzamos por un camino «científico» a comprender la ciudad y sus problemas. Fue ésta la época en que nos dedicamos a la modelación, a la taxonomía y en la cual los nombres de Isard, Berry y Alonso sustituyeron a los de Le Corbusier, Howard y Gropius. Se logró lo más importante y difícil, sistematizar la planificación urbana, pero nos olvidamos de que la ciudad era algo más que eso, y nos alejamos de los procesos reales a medida que los estudios estructurales se volvían cada vez más lejanos en el tiempo y más abstractos en su expresión, parafraseando a Engels. Tiramos al niño junto al agua sucia del baño.

El alto precio que pagamos era al parecer inevitable, pues igual había sucedido en otros países. Sin embargo, el balance final del trabajo no puede ser considerado como negativo, pues todas las ciudades completaron sus pronósticos de desarrollo, fueron discutidos con las autoridades y los cuadros técnicos se pertrecharon de conocimientos y alcanzaron un entendimiento minucioso de la problemática urbana.

Paralelamente en las principales ciudades cubanas se localizaron en este decenio un enorme volumen de inversiones tanto productivas como de infraestructura social y técnica, incluida la vivienda, que provocaron un crecimiento territorial

y una transformación de su imagen insospechada en otra época: muchas de ellas realmente dejaron de ser pueblos para convertirse en verdaderas ciudades.

Lo que falló fue que en este universo científico descubierto y deslumbrante, en vez de complementar el enfoque constructivo y arquitectónico de la etapa anterior, lo sustituyó; las «manchas», por muy dimensionadas que estén y por grande que sea su contenido, tienden a convertirse en grandes abstracciones si no se conciben además en términos de imagen.

Adicionalmente a esto padecemos la enfermedad de identificar deseos con posibilidades, sin comprender a tiempo que nuestra verdad era una parte pequeña de la real complejidad de los procesos económicos y sociales del desarrollo urbano y de la sociedad.

Al iniciar nuestra tercera década de trabajo, inmersos en la culminación de los pronósticos de las principales ciudades del país, y en la ampliación de este proceso al resto de las ciudades, comprendimos poco a poco cuáles debían ser los contenidos de nuestra actividad para que, sin perder lo ya experimentado, ésta sea factible, implementable, en fin, útil.

En este proceso de reflexión constatamos que a pesar de las aprobaciones oficiales de los planes físicos, con frecuencia se tomaban a renglón seguido decisiones que negaban en mayor o menor medida lo acordado, bajo el concepto de que constituían soluciones provisionales. Ante esta realidad, en vez de escudarnos como el avestruz, o insistir empecinadamente en ser los dueños de la verdad, nos percatamos de que el camino a recorrer desde el establecimiento de las premisas de desarrollo y la selección del modelo estructural hasta los procesos de microlocalización y construcción de las inversiones no podía suponerse como una vía directa, sin procesos intermedios.

Posiblemente el detonante que nos hizo comprender esto fue el problema del hábitat dentro de los pronósticos de desarrollo de las ciudades. En aquel momento, realidad y deseos entraron en conflicto en los coloreados planes de los esquemas: mientras éstos señalaban en naranja las ubicaciones de las nuevas zonas residenciales —destinadas a la construcción de edificios multifamiliares— las viviendas construidas por la población invadían manchas de otro color, las destinadas al desarrollo industrial, a los parques de descanso o a las zonas agrícolas periféricas. Las zonas deterioradas del casco tradicional e incluso aquellas señaladas con el color negro, producto de las apreciaciones sobre el mal estado de sus edificaciones y condenadas a su remodelación, se enraizaban a través de los procesos, a veces masivos, de la reconstrucción urbana también por medios propios.

Estas experiencias dieron como resultado el concebir el proceso de planeamiento de las ciudades en dos escalas bien diferenciadas: en primer lugar, el esquema, previsto para un horizonte temporal de más de veinte años, ideado como

instrumento para dirigir el desarrollo en líneas generales de la ciudad y sus componentes, insistiendo en problemas estructurales. En segundo lugar, lo que constituyó una novedad, establecimos el concepto del Plan Director, con un plazo de unos cinco años, como la herramienta más vinculada a los proyectos y a las decisiones más inmediatas, cuya elaboración previa a la del plan quinquenal permitiría dar a éste, en su desagregación territorial, un marco de referencia acerca de las líneas de trabajo priorizadas para resolver los problemas actuales sin descuidar la estrategia para el futuro.

El carácter colegiado del Plan Director, elaborado por las instancias locales y las delegaciones en el territorio de los Organismos Nacionales, está diseñado para que sea un documento expresión de una voluntad colectiva.

Los instrumentos, por decirlo de algún modo, están listos. De lo que se trata es de evitar que su aplicación se burocratice, que se conviertan en puros documentos formales, engavetables y olvidables a la hora de la toma de decisiones.

Esto reviste especial importancia a la luz de nuevos elementos que aparecen con mayor vigor y requiriendo una implementación ágil.

Tal es el caso de la revitalización del movimiento de microbrigadas, uno de nuestros mejores ejemplos de participación popular que ya se extiende y masifica a lo largo del país y cuyos requerimientos locacionales, dirigidos no sólo a las nuevas zonas de desarrollo urbano, sino también al relleno de la ciudad tradicional, obliga a revisar esquemas conceptuales largamente arraigados donde primaban las tipologías urbanísticas y arquitectónicas de los nuevos desarrollos. A esto se suman diferentes planes para la infraestructura social y técnica destinados a elevar el nivel de vida de la población, pero muy estrechamente vinculados con el hábitat.

Esto demuestra fehacientemente lo imprescindible de contar con una planificación urbana suficientemente flexible, ágil y alerta como para incorporar nuevas y en ocasiones insospechadas situaciones que tienen como marco de realización el organismo urbano.

Otro argumento a favor de la flexibilidad imprescindible está en las condiciones económicas a que se enfrenta y deberá enfrentarse nuestro país, teniendo en cuenta un bloqueo cada vez más despiadado, como la situación político-social cambiante en los que hasta hace poco fueron nuestros principales mercados (los países de Europa del Este), que se alejan a paso acelerado de la economía planificada para volcarse hacia las economías capitalistas. Esto provocará cambios sustanciales en la planificación de nuestra economía, la cual se adecuará a nuevas condiciones: ello seguramente incidirá en el desarrollo de las ciudades.

Nos encontraremos, pues, ante un momento particularmente interesante y singular: existe una voluntad de hacer y hacerlo de prisa y bien.

Esta premisa implica que para nosotros en este momento la disyuntiva plan-proyecto no es

válida: nosotros requerimos del plan y del proyecto, necesitamos de un plan que permita encauzar el destino de la ciudad, pero que no se constituya en una camisa de fuerza. El proyecto que demandamos es el que se recoge en el Plan Director, pero éste, a su vez, debe ser suficientemente eficiente desde el punto de vista táctico para que resulte verdaderamente imprescindible para la toma de decisiones y suficientemente flexible como para ser capaz de adaptarse a las coyunturas cambiantes características de nuestros tiempos.

Por otro lado, requerimos que este Plan Director se nutra no sólo de las técnicas tradicionales del ordenamiento y el diseño, sino también de lo que en Cuba llamamos la implementación, que no es más que la instrumentación jurídica y económica, que abre paso orgánicamente a los procesos constructivos.

### 3. LA IMAGEN Y LA CULTURA URBANA

Hemos sido capaces de planificar las ciudades, es decir, de ordenarlas territorialmente, pero no hemos enfrentado de manera clara las cuestiones relativas al diseño ambiental, esa amplia esfera abarcadora del urbanismo, la arquitectura, las artes y el diseño.

Es aquí donde realmente se visualizan los más acertados (y los más deficientes) planteos del ordenamiento del territorio.

La falta de una práctica en este sentido tiene diferentes causas, entre ellas se destacan las trabas institucionales que impiden una correcta integralidad tanto en los proyectos como en la ejecución de los mismos. Este lastre es sustancialmente ilógico, pues nuestra sociedad, dueña de los medios de producción y exenta de la especulación sobre la tierra, brinda conceptualmente todas las posibilidades para el desarrollo integral de la sociedad y la economía, que es como decir para el desarrollo integral de la ciudad misma.

En este tema también ha influido la falta de una cultura urbanística, tanto a nivel profesional como al de la población y sus dirigentes. Esta carencia de una cultura urbanística es peligrosa, no sólo por lo que puede dejarse de hacer, sino (peor aún) por lo que se hace mal con la mejor voluntad, o por lo que la falta de una conceptualización clara puede significar en el sentido de constantes cambios de criterios, asimilados acriticamente y sin una interpretación clara de sus orígenes ni de las consecuencias de su incorporación a nuestro medio.

Existen elementos de la ciudad que son claves para su interpretación, tales como el malecón de la ciudad de La Habana y los techos de la parte central de Santiago de Cuba y otros que hacen que las ciudades posean una personalidad propia y que se diferencien entre sí, aunque tengan dimensiones poblacionales similares o una misma categoría político-administrativa. Asimismo aparecen otros de carácter más íntimo, que con frecuencia identifican barrios o sitios de

la ciudad y con las cuales, de manera más o menos consciente, se identifican sus ciudadanos. Un mal manejo de estos elementos, una transformación indiscriminada en aras de la última moda o sin un concepto claro de qué es lo que se quiere puede malograr, en términos espaciales y de percepción, una acción urbanística o arquitectónica hecha con la mejor intención.

La cultura de la ciudad no se logra por decretos y aun por la toma de conciencia de urbanistas o por sectores de la población y de sus dirigentes.

Resulta un proceso arduo en el cual tienen un papel protagónico en primer lugar los técnicos, los dirigentes políticos y administrativos y toda la población unida en sus organizaciones de masas y sociales. Corresponde a los medios masivos de comunicación jugar un papel educativo de primera magnitud y para ello es necesario que sus especialistas se dispongan a enfrentar con sistematicidad y de manera profunda esta tarea.

Los grupos de desarrollo de las ciudades, creados hace poco tiempo, desempeñan un significativo papel en este proceso. De su trabajo de implementación de los proyectos de transformación física derivados de los Planes Directores y de la movilización social que puedan lograr en su gestión, así como de su constante posición alerta para evitar lo mal hecho y su influencia en los órganos de gobierno, dependerá el éxito de las misiones que les han sido encomendadas y, por ende, su aporte al desarrollo de una cultura urbanística.

### 4. EL DISEÑO AMBIENTAL Y LA ARQUITECTURA

Tal vez la más evidente muestra de la falta de diseño ambiental está en el resultado espacial que muestran nuestras nuevas zonas de desarrollo residencial, con las cuales, aunque hemos contribuido a mejorar el problema de la vivienda (que, como ha dicho Fernando Salinas, no es más que el problema de la vida), poco hemos logrado en el campo del ambiente en que cada vez viven más hombres.

Parecería al observarse la mayoría de estas urbanizaciones que hemos olvidado que si para algo existe la cultura es para que el hombre sea mejor.

Los orígenes y las causas de los problemas que afectan las nuevas zonas de viviendas, o al menos de los problemas que existen en cuanto a su expresión formal, han sido objeto de debate en distintos foros de nuestro país. Debería intentarse más bien una interpretación de los esquemas mentales que posibilitaron la adopción acrítica de modelos de urbanización importados de países con condiciones climáticas, sociales, históricas y de desarrollo muy distintas a las nuestras, y que produjeron lo que algún amigo español bautizó muy acertadamente como «sopa de bloques».

El facilismo imperante en los criterios constructivos y la aburrida y limitadísima cantidad de proyectos arquitectónicos disponibles, que en aras de una pretendida funcionalidad y de criterios normativos, industriales y tipificativos no tuvieron para nada en cuenta el entorno en que debían ubicarse ni las características de las ciudades a las que las zonas de nuevo desarrollo se han yuxtapuesto y nunca integrado.

Tanto las nuevas zonas residenciales como las destinadas a las grandes instalaciones de servicio de las cabeceras provinciales (ambos logros más que estimables por su contribución a la mejora de los niveles de vida y de la equiparación de estas ciudades con la capital) han adolecido de concepciones regidas de localización y de proyecto, haciendo una especie de nueva ciudad en las afueras de la ciudad tradicional, en la que, por ciento, casi todos prefieren vivir.

Las deficiencias señaladas a las nuevas urbanizaciones, así como la búsqueda de nuevos modelos de expresión formal adaptados a las características propias de las ciudades, han propiciado en los últimos tiempos el desarrollo de proyectos «atípicos», válidos conceptualmente para la inserción en la ciudad existente, cuyas características de lotificación impiden la localización de los proyectos que comúnmente se utilizan en zonas de nuevo desarrollo. Pero al ritmo al que crecen nuestras ciudades no puede pensarse solamente en el relleno de la ciudad para solucionar el problema de la vivienda, y se presenta la disyuntiva acerca de qué proyectos utilizar para las zonas de nuevos desarrollos que imprescindiblemente debemos construir para los más de 500.000 habitantes en que crecerán solamente las cabeceras provinciales hasta el final del presente siglo.

Dada la magnitud de la demanda, será imprescindible la aplicación de soluciones masivas, con determinados elementos de carácter repetitivo. No quiere esto decir que, como hasta el presente, se multipliquen los mismos proyectos de un extremo al otro del país, se trataría más bien de diseñar desde los territorios la arquitectura «apropiada» (para utilizar un término de actualidad), que tenga en cuenta las características propias, la idiosincracia y los materiales que conforman la personalidad de las regiones.

Para el logro de este fin deberá producirse una verdadera revolución en el sistema que hasta ahora ha regido la actividad de las empresas de proyectos, caracterizado por una excesiva centralización que ha dejado muy poco margen a las iniciativas locales no sólo en los proyectos, sino también al empleo de materiales y sistemas constructivos.

Otro terreno en que la realidad nos demostró lo desacertado de nuestros enfoques ha sido el de la localización de la vivienda por medios propios. Fenómeno importante sobre todo en el interior del país, y poco tenido en cuenta en los estudios urbanos, basados fundamentalmente en el criterio de la solución estatal al problema del hábitat, incluyendo la remodelación de la ciudad.

La vivienda construida por medios propios, con modelos de urbanización y tipologías arquitectónicas evidentemente diferentes a las predominantes en las zonas de desarrollo estatal de viviendas, es un fenómeno que debe ser abordado sin prejuicio, que puede incluso colaborar en la articulación espacial, ciudad nueva-ciudad vieja, y que debe ser enfrentado a partir de una óptica local, que responda como punto de partida al hecho de que cada ciudad tiene su propia idiosincracia, su propio estilo, aun cuando superficialmente no parezca así; de esta forma se entra de lleno en la inaplazable necesidad de incorporar la dialéctica urbanismo-arquitectura a los estudios de nuestras ciudades.

Esto pone ante nuestros ojos la importancia de las infraestructuras técnicas, renglón en que, si bien su concepción tiene respuesta en los esquemas y proyectos, la ejecución no ha marchado a los ritmos requeridos.

Particularmente en el caso de la vivienda por medios propios, la dotación de infraestructura no sólo cubre el aspecto funcional y sanitario, sino también el de ordenamiento.

Recordemos que la vivienda puede ejecutarse por la población aun sin el apoyo técnico estatal (de hecho ha sido así durante estos años); sin embargo, las redes tienen que ser proyectadas y ejecutadas en buena medida por el Estado.

Puesta en evidencia la problemática de la vivienda, se manifiesta de manera notoria un viraje a la ciudad tradicional, lo cual conlleva una reinterpretación de los códigos arquitectónicos de la ciudad existente y de la forma en que en ella debe imbricarse la nueva arquitectura. De no tener esto bien claro se corre el peligro de echar a perder lugares valiosos de la ciudad con consecuencias irreversibles, así como perder de vista, en medio de un frenesí constructivo, los espacios que deben imprescindiblemente reservarse para el descanso, el parqueo, el juego de niños y jóvenes y funciones que en el momento mismo de la toma de decisiones no pueden, por distintas causas, concretarse.

El tema de la renovación de la ciudad tradicional, particularmente cuando en ella existen valores históricos notables o simplemente un *genius loci* determinado, es especialmente controvertido y pensamos que el tiempo y las posibilidades económicas determinarán una solución equilibrada y racional entre los que propugnan una conservación a ultranza y los partidarios de las demoliciones más o menos controladas.

## 5. REFLEXIONES SOBRE EL FUTURO

Después de treinta años de labor y aunque conscientes de nuestras limitaciones y errores, no podemos menos que sentir que hemos hecho un trabajo intenso y valioso. El hecho de poder reconocer nuestras carencias implica la magnitud de lo realizado. No es poco trabajo el que

nos queda por hacer y estamos dispuestos a enfrentarlo.

En el campo de la planificación urbana debemos realizar en los próximos años distintos trabajos de perfeccionamiento de nuestras herramientas, entre los que se destacan:

A nivel del sistema de asentamientos en su conjunto, el evitar que tanto el crecimiento de las ciudades como el proceso de concentración de la población rural se produzca de forma desbalanceada, creando polarizaciones excesivas y desdoblamiento de las áreas rurales; no debe olvidarse que el nuestro es un país eminentemente agrícola en el que resulta imprescindible que la población se asiente y se mantenga en aquellos lugares donde pueda con su actividad asegurar la producción agropecuaria. La contradicción que esta premisa puede establecer con las expectativas de opción diversificada en el campo de los servicios del resto de los habitantes cuyos intereses o perfil laboral no están obligatoriamente vinculados con la agricultura debe ser resuelta por un modelo de sistema de asentamientos en el que predominen los movimientos pendulares razonables. El logro de esta meta dependerá en buena medida de las posibilidades de organización eficiente de los sistemas viables y de transporte.

En el campo de la planificación de ciudades se impone la revisión de los criterios que pudiesen impedir, tanto a los esquemas de desarrollo como a los planes directores, su desempeño como elementos realmente útiles y provistos de la necesaria flexibilidad para servir de instrumentos en la toma de decisiones.

Para ello será necesario despojarnos de un cierto empecinamiento en que en ocasiones caemos al intentar defender nuestras propuestas como si fueran la única solución adecuada, así como renunciar a las concepciones de las llamadas «imágenes finales», que no tienen en cuenta las etapas para alcanzarlas.

Se evidencia la necesidad de profundizar en los estudios sociológicos que sirvan de contraparte y complemento a las visiones «técnicas» con que a menudo realizamos nuestras propuestas.

En este sentido parece conveniente continuar la experiencia de los trabajos directamente vinculados a los barrios, a partir del ejemplo de los realizados en la ciudad de La Habana, en esta ciudad de Santiago de Cuba, en Pinar del Río, Las Tunas, Holguín y Guantánamo. Es éste el mejor camino para que la participación popular, ya presente en la acción constructiva en forma de microbrigadas de centros laborales, de agrupaciones de vecinos (conocidas como microbrigadas sociales) y de la construcción por medios propios, pase a formar parte de la cooperación intelectual y se convierta en un sistema válido como instrumento de indispensable valor para la transformación urbana.

No se pretende con esto adoptar criterios populistas, no se trata de asegurar que los habitantes del barrio tienen toda la razón y el rol del urbanista está en traducir sus deseos al papel: se trata más bien de aceptar que el urbanista, por el mero hecho de serlo, no siempre tiene toda la verdad en su mano, y debe estar dispuesto al diálogo con los que van a disfrutar (o a padecer) del producto de sus esfuerzos, escuchar sus ideas e intentar convencerlos con argumentos conceptualmente claros cuando sienta que la razón está de su parte.

En los trabajos en los barrios puede producirse la necesaria simbiosis entre el urbanismo, la arquitectura, las artes, el diseño y la población por la que abogan justamente los defensores de un diseño ambiental que mejore el marco de la vida del hombre en las condiciones que a nuestro juicio una sociedad como la nuestra es capaz de brindar. Estos intentos deben ir acompañados imprescindiblemente del desarrollo y consolidación de una cultura urbanística, necesaria no solamente para los urbanistas, sino también para la población y sus dirigentes.

Un arquitecto vinculado laboralmente al barrio, que gane con su trabajo diario el prestigio necesario para organizar e integrar los esfuerzos de todos, puede resultar una experiencia a generalizar en el futuro, lo cual modificaría esquemas conceptuales y organizativos de las instituciones vinculadas a esta actividad.

El diseño urbano que se ha mantenido en una especie de tierra de nadie, entre la planificación urbana y la arquitectura, y cuya implantación resulta extremadamente difícil por razones fundamentalmente organizativas y estructurales, debe ser encarado de una vez dentro de los proyectos urbanísticos que incorpora el Plan Director como parte de su contenido, ello implicará seguramente un esfuerzo en la superación profesional de los técnicos de urbanismo que durante muchos años se han habituado a trabajos de carácter más general y menos vinculados a la arquitectura.

A su vez los arquitectos deben esforzarse en enmarcar su obra en el contexto y dejar de concebirla con una expresión independiente.

Pero no sólo corresponde este perfeccionamiento al campo de la técnica. Urbanismo es técnica, cultura y gestión, y es esta última la que decide en muchas ocasiones la calidad de un buen plan y de un buen proyecto. Es por esto que nos corresponde avanzar mucho más en un futuro en el trabajo de los organismos estatales en su papel como inversionistas, dejando de pensar sus inversiones como elementos aislados del resto de los intereses de la sociedad, y estableciendo las relaciones de colaboración con otras entidades que permitan usufructos compartidos de edificaciones, espacios urbanos e infraestructuras, lo cual resulta a la postre más eficiente económica, funcional y ambientalmente; y los constructores, que tienen que dejar de ver sus soluciones en el marco estrecho de su economía más

inmediata, enfocándolas también desde el punto de vista de la economía y el funcionamiento más general de la ciudad.

Para lograr la aspiración de que nuestras ciudades sean cada vez más hermosas, funcionales y humanas se requiere de la participación consciente y decidida de la población y de sus dirigentes, influyendo sobre todo el sistema en los aspectos técnicos, constructivos y de gestión, respetando y haciendo respetar las normativas, regulaciones y proyectos, elevando su sensibilidad hacia lo que representa para la ciudad del futuro mantener su patrimonio, viendo éste no sólo e sus manifestaciones más conocidas o supuestamente más importantes, como son los edificios o sitios representativos histórica o estéticamente, sino por sus actitudes diarias hacia su hábitat: en la acera, los árboles del parterre, su calle, su edificio, su barrio, que, en definitiva, constituye el medio donde desarrolla una parte importante de su vida y del cual debe llegar a sentirse orgulloso y considerarlo como propio, manifestando esto en sus acciones cotidianas, en la limpieza, cuidado, mantenimiento y acciones constructivas.

Cuba posee condiciones organizativas en su sociedad que representan un potencial de infini-

tas posibilidades para materializar acciones en la recuperación y construcción de los valores urbanísticos.

En cada cuadra existe un Comité de Defensa de la Revolución que agrupa a los vecinos, las mujeres están organizadas en su Federación también territorialmente, los maestros y el personal de la salud tienen también expresiones a nivel del barrio y, por último, el Poder Popular tiene un delegado de la circunscripción, elegido directamente por el voto popular, su primer eslabón.

En estos años se han formado miles de cuadros, técnica y políticamente preparados, que desarrollan funciones en órganos de planificación, proyectos o ejecución y que tienen en la Unión de Arquitectos o Ingenieros su organización profesional.

De esta forma sólo faltaría dotar a estas estructuras del contenido de trabajo y dirigir acopladamente estas fuerzas para que el urbanismo cubano logre incorporar consecuentemente en sus resultados técnicos y culturales valores de justicia social y desarrollo de la personalidad individual que son consustanciales a la revolución.

Hacia estos objetivos debe dirigirse el trabajo de los urbanistas cubanos en los últimos años del siglo xx.